

24

PRO

IC

De

De

De

De



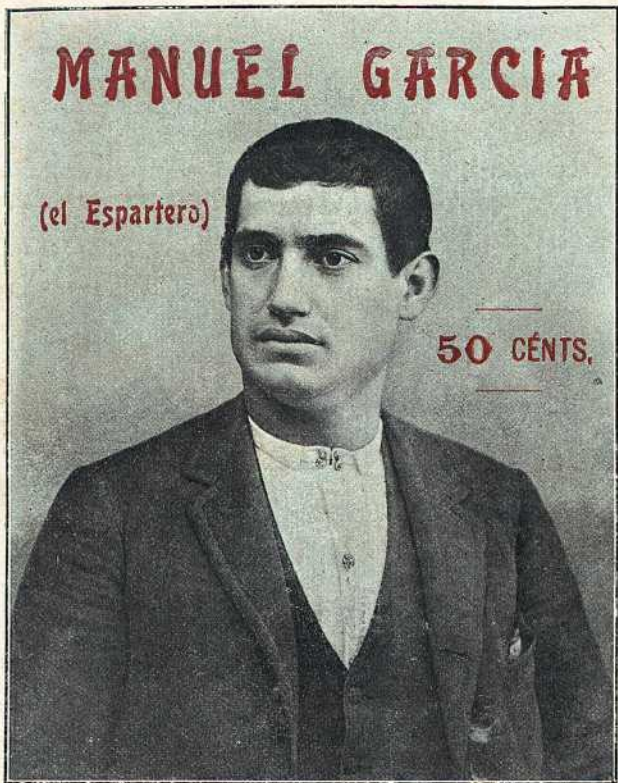
BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN I

MANUEL GARCIA

(el Espartero)

50 CÉNTS.



GINÉS CARRIÓN, editor.

VERÓNICA, 13 y 15.—MADRID.



Manuel García (el Espartero).



BIBLIOTECA SOL Y SOMBRA

VOLUMEN I

MANUEL GARCIA

(EL ESPARTERO)



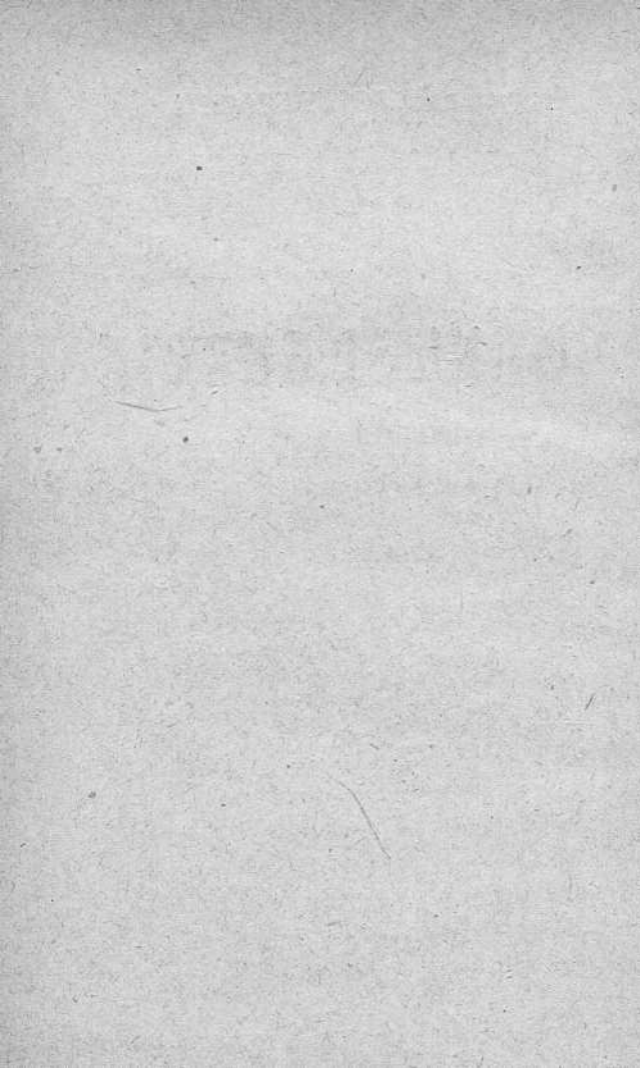
MADRÍD

GINÉS CARRIÓN, EDITOR

Calle de la Verónica, 13 y 15.

1906





I

Los primeros pasos.

El día 12 de Julio de 1885 fué de júbilo para los aficionados que en Sevilla tuvieron ocasión de admirar por primera vez la guapeza y el valor que *Maoliyo* derrochaba ante los toros.

Tres lustros contaba apenas cuando, sintiéndose incapaz de resistir la vocación que le arrastraba á los peligros del toreo, comenzó á distinguirse en algunas capeas y novilladas de menor cuantía, por los pueblos de la tierra baja, donde patentizó, desde luego, condiciones muy estimables para ser un día excelente matador de reses bravas.

Allá por el año 1881, los públicos de Alcalá del Río, Bollullos y Castilblanco, tuvieron la fortuna de aplaudir con entusiasmo las primeras faenas del futuro maestro.

El toreo, como toda profesión cuyo ejercicio requiere aptitudes especiales en el individuo que á ella se dedica, tiene para sus adeptos un período de noviciado, al término del cual, muchos —la mayor parte—encuentran el Aventino y en él acaban sus días oscurecidos y olvidados; pocos, muy pocos, el Capitolio, donde entre vítores y aclamaciones entusiastas, obligado cortejo del triunfo, ciñen á sus frentes el laurel consagrado al vencedor.

El aprendizaje del toreo, como todos los aprendizajes, es una especie de *viacrucis* que han de recorrer forzosamente los que al arte de *Paquiro* quieren dedicarse; y en ese *calvario* ponen á prueba su constancia, sus aficiones, su decisión, que nada ni nadie puede quebrantar, sufriendo con heróica re-

sistencia contratiempos, pesadumbres, desengaños y calamidades de todo género, arriesgando la vida á cada instante, burlando la vigilancia de padres y tutores, afrontando con serena gallardía los más tremendos peligros, renunciando voluntariamente las comodidades del hogar y los goces inefables de la familia, derrochando abnegación, paciencia y voluntad, hasta conseguir que el éxito corone tamaños esfuerzos, haciendo cristalizar en halagüeñas realidades del presente las esperanzas de ayer.

Maoliyo el Espartero, hubo también de luchar contra la tenaz resistencia de sus padres, que no veían con buenos ojos las peligrosas aficiones del muchacho, soportando los castigos más rigurosos á que se viera sometido en varias ocasiones, sin que por eso llegara á entibiarse en él la decidida vocación que le dominaba con el imperio absoluto de lo irresistible.

A las razonables observaciones que deudos y amigos solían hacerle, expo-

niendo á su imaginación los riesgos que le aguardaban, entre los cuales pudiera encontrar la muerte, Manolo respondía sonriendo con graciosa ingenuidad:

—¿Y qué?... ¡Más cornás da el hambre!...

Argumento de lógica abrumadora, ante el cual toda réplica resultara inútil.

Pero como—según el adagio—«querer es poder», *Maoliyo* quiso, y pudo allanar pronto los obstáculos que se oponían á la realización de sus deseos.

Pudo más la entereza, la enérgica voluntad del muchacho, que los consejos de la prudencia.

A las prohibiciones y castigos, sucedieron primero la tolerancia y después la benevolencia: el jovenzuelo había conseguido interesar en su favor á los que antes le reprocharan como falta grave, que no debiera quedar impune, el afán de ser torero.

Dueño ya de sus acciones, procuró ampliar el desarrollo de lo que para él

constituía una verdadera pasión, tan arraigada en el fondo de su pecho, que contrariarla y destruirla fuera lo mismo que condenarle á muerte.

El éxito coronó tal empeño, y el día 8 de Octubre de 1882 logró presentarse en el circo sevillano, como banderillero de la cuadrilla dirigida por José Cineo, *Cirineo*; y el 17 de Junio de 1883 mató por primera vez un toro, con rara fortuna, en Cazalla de la Sierra.

Con igual suerte continuó toreando por Sevilla, Cádiz y Huelva durante el año 1884; y en la corrida efectuada en Cazalla el 12 de Junio, consolidó su fama dando muerte al toro *Cardenito*, mediante una gran estocada á volapié.

Aquel mismo año figuró en las novilladas que se jugaron en la plaza de Sevilla como banderillero, á las ordenes de *Bienvenida* y el *Marinero*.

De triunfo en triunfo recorrió toreando varios cosos andaluces, y tal llegó á ser el entusiasmo de sus admiradores,

que creyeron ver en él compendiados los méritos de cuantas notabilidades le precedieran en el arriesgado ejercicio de la profesión.

Resulta un fenómeno digno de ser observado el apasionamiento con que suelen tratarse los asuntos concernientes á la tauromaquia; tanto, que después de las políticas y religiosas, tal vez son las contiendas taurinas las más abonadas para excitar los ánimos á impulsos de una intransigencia brutal y desmedida.

El hecho apuntado se ofrece con mayor intensidad á nuestra consideración en este país, tan dado á las caballerescas aventuras que evidencian el valor personal, donde los héroes se convierten en ídolos, aclamados por las muchedumbres, que se encargan de popularizar sus nombres, presentándolos á la universal admiración rodeados de glorioso nimbo, que perpetúe de una en otra edad el recuerdo de sus hazañas portentosas.

Nuestra leyenda dorada está escrita por los actos heroicos de esa especie de semidioses; cada español cree llevar dentro algo del Cid, mucho de Colón, más aún de Hernán Cortés, un poco de Alba, otro tanto de Torquemada, y puede afirmarse, sin exageración, que las gallardías de Tenorio y los nobilísimos cuanto disparatados desplantes de D. Quijote, compendian y sintetizan á la perfección el carácter de nuestra raza.

La musa popular en romances y canciones—por lo general de muy discutible mérito literario y dudoso buen gusto—han inmortalizado los nombres de *Pepe-Illo*, *Curro Guillén*, Manuel Domínguez, *Pepete*, *Frascuelo*, *Reverte*, el *Espartero* y *Dominguín*; muertos unos en la plaza, otros en el apacible retiro del hogar; pero todos acabados modelos de temerario arrojo ante los cornúpetos. En ellos dominaba el valor á la inteligencia, y puede afirmarse que casi siempre toreaban más con el cora-

zón que con el cerebro; por esa razón hubieron de sufrir numerosos y terribles percances, en la mayoría de los casos, de funestas consecuencias.

La valentía del *Espartero*, evidenciada desde los comienzos de su carrera, cuando todavía no se hallaba iniciado en los secretos del arte, que apenas tuvo tiempo de vislumbrar durante su brevísima existencia, fué la base de aquella fama que le arrastró como impetuoso torbellino en el corto espacio de algunos meses, elevándolo hasta la cumbre.

Alentado Manolo por la popularidad, esa diosa inconsciente y tornadiza, cuyo aplauso tan bien suena en los oídos de quienes, echándose en brazos de la ambición, aspiran á ser sus favoritos, dejándose mimar por ella y procurando hacerse dignos de sus halagos, vió en aquellas magníficas explosiones del entusiasmo público fácil camino para realizar sus ensueños de gloria y riqueza; y convencido de que entre las multitu-

des los arrestos siempre son valor cotizabile, seducido, en su vanidad de muchacho, por tentadoras promesas que presentaban á su meridional fantasía el porvenir pletórico de venturas, propúsose alcanzar un puesto entre los toreros más afamados, y para ello encomendó á su denuedo lo que no pudo confiar en absoluto á la inteligencia, derrochando temeridad y amor propio ante las fieras.

Pero á tanto llegó la apasionada ceguedad de sus partidarios que, atribuyéndole—además de su innegable valentía—conocimientos artísticos de que, por desgracia, no se hallaba Manolo muy sobrado, quisieron entablar competencia entre él y *Guerrita*, que ha sido, sin género alguno de duda, el torero más completo de los últimos tiempos.

Si aun en los hombres ya próximos á la senectud hacen mella los halagos de las muchedumbres, ¿con cuánta mayor facilidad no habrían de repercu-

tir éstos en el corazón de un adolescente?...

Mas ¡ay! que como dijo el poeta de las *Doloras*:

¡Humos las glorias de la vida son!



II

Los primeros triunfos.

El día señalado al principio del anterior capítulo, se celebró en la capital andaluza una corrida de novillos á beneficio de la Hermandad de la Virgen de la Esperanza.

En el cartel apareció por primera vez el nombre de Manuel García, el *Espartero*, como matador en aquella plaza, alternando con Francisco Avilés, *Currito*, y Juan Manuel Campó. Las reses lidiadas pertenecían á la ganadería de D. Anastasio Martín.

Cuentan los biógrafos que nos han precedido en la tarea de referir á los

aficionados aquellos hechos más notables y dignos de mención realizados por el *Espartero* en el corto período de su vida, que noches antes de la fecha designada para la función benéfica, Joaquín García, modesto industrial en labores de esparto establecido en Sevilla, presentóse al antiguo, inteligente y prestigioso aficionado D. Carlos García Lecomte, en solicitud de que este señor influyera con los organizadores de la novillada para que su hijo Manuel pudiese figurar como matador en los carteles y hacer su *debut* en la tierra donde había nacido.

Con las reservas y vacilaciones propias del caso, procuró el Sr. García Lecomte eludir el compromiso; pero tanto insistió en su demanda el espartero, tanto suplicó, de tal manera supo interesar el ánimo de su interlocutor inclinándole á favorecerle, que D. Carlos, previa la presentación del muchacho y después de un ligero *examen de conciencia...* taurina, avínose á reco-

mendarle; y con tanta eficacia lo hizo, que sin dificultad viéronse convertidas en realidad las aspiraciones que de momento sintiera el novel espada sevillano.

Quien, logrado ya su deseo, fuese, acompañado por el Sr. García Lecomte, al establecimiento tipográfico de Salvador Acuña, donde habían de imprimirse los carteles, á fin de que en ellos se incluyera el nombre de Manuel García.

—¿Qué apodo tienes?...—preguntó el impresor.

—Ninguno.

—Pues oye, conviene que adoptes alguno...

—¿Qué oficio es el tuyo?—interrumpió á su vez el Sr. García Lecomte.

—Trabajo el esparto... Soy espartero como mi padre...

—Pues entonces—repuso Acuña—te pondremos el *Espartero*...

Y así quedó confirmado nuestro héroe.

El cartel de la novillada se organizò en esta forma:

Se lidiaron ocho reses: dos de don Gregorio Zambrano y Hermano, vecinos de Alcalá del Río, que fueron rejoneadas por Manuel Cano Iglesias y José Sánchez Morillo, y estoqueadas por Antonio García, *Fatigas*; los seis novillos restantes, como hemos dicho, pertenecían á D. Anastasio Martín y, después de ser toreados en lidia ordinaria, debían morir á manos de Paco Avilés, *Currito*, Juan Manuel Campó y Manuel García, el *Espartero*.

De cómo quedó el muchacho en aquella tarde *de prueba*, juzgue quien leyere por los recortes de *El Toreo* que van á continuación:

«El tercero, núm. 3, cárdeno, corniabierto, llamado *Pañero*. A su salida lo capea el *Espartero* con seis verónicas y una de farol, buenas. (*Palmas.*) De los de tanda aguantó nueve caricias matando un microbio. *Blanquito* clavó un par en el suelo y otro en el toro y

Veneno medio par orejero, terminando *Blanquito* con medio en la paletilla.

»*El Espartero*, de azul marino y oro, se acerca de veras á la res, que tenía una punta en Madrid y otra en Sevilla, y lo pasó con dos naturales, uno de pecho bueno y otro con la derecha, para una estocada á un tiempo de la que no necesitó puntilla. Ovación justa y completa, que duró hasta la muerte del otro bicho.

.....

»Cerró plaza *Bailador*, negro listón, bien puesto, con el número 32. Los picadores le tentaron el pelo siete veces, dejando en el suelo dos arenques. Felipe Gutiérrez sale en falso cinco veces para colocar un par á la media vuelta. *Veneno* medio par al cuarteo. El *Espartero*, después de una brega corta y lucida, le propinó una estocada á volapié de las que se aplauden. El público lo sacó en brazos hasta el coche.»

Por contera, el mismo periódico dis-

paró al final de la revista este soneto en loor del intrépido *Maoliyo*:

«Es simpático el jóven *Espartero*
y merece dejarse la coleta;
ha pasado esta tarde de muleta
como hubiera pasado un buen torero.

»Llegando de verdad á su primero,
una buena estocada le receta,
obteniendo ovación justa y completa,
obsequio que le ha hecho el pueblo entero.

»Al último animal de la corrida,
de bastante poder y bien armado,
le propina una corta algo caída.

»*Espartero* esta tarde ha demostrado
que siguiendo cual va, tendrá el consuelo
de llegar á igualarse con *Frascuelo*.»

Todo lo cual,—como dice el inteligente aficionado Sr. Ramírez Bernal, *P. P. T.* en su precioso artículo *Manuel García (el Espartero)* publicado en el número 67 del semanario *Sol y Sombra*—«para un torero incipiente, un matador más incipiente todavía y un joven de diez y nueve años y medio de edad, era quedar bien» (1).

(1) Manuel García nació en Sevilla el 18 de Enero de 1866.

En ese día dejó el *Espartero* bien sentados los cimientos de su fama.

Dos corridas más—19 y 25 de Julio de 1885—toreó en Sevilla el novel espada, y he aquí el juicio que de su trabajo formó *El Toreo* al reseñar la última de las indicadas:

«Manuel García, el *Espartero*, natural de Sevilla, es un joven matador de novillos que promete ocupar un buen puesto entre los más reputados toreros.

»Tiene mucho corazón, maneja muy bien la muleta, no se desvía de la cara de los toros y se tira tan en corto, que es mentira que haya quien lo imite. Trabaja con la misma serenidad que los chicos que juegan al toro, como si éste fuera un niño á quien pudiera decirle: «Estate quieto».

»En las tres corridas que á la presente lleva toreadas en Sevilla, ha dejado satisfechísimos á los que han tenido el gusto de verlo.

»En todos cuantos circos ha trabajado se ha conquistado muchas palmas y

ha sido contratado para otras corridas. Todo cuanto se diga respecto á este joven es poco.

.....

»El *Espartero*, si no tiene la desgracia de tener alguna cogida, será dentro de poco un torero que habrá de dar tanto ó más ruido que el ya célebre Maz-zantini».

A tales extremos llegó con eso el entusiasmo de los admiradores de Manuel García que, según ellos, no había quien aventajarle pudiera ni en valor ni en inteligencia; y como, por otra parte, los triunfos del arriscado mozo se sucedían en todas las plazas donde se presentaba, precipitáronse de tal modo los acontecimientos para el *Espartero*, que á los dos meses próximamente—el 13 de Septiembre de 1885—de haber *debutado* en Sevilla, tomaba la alternativa de matador de toros, que le otorgara en la misma plaza el famoso diestro Antonio Carmona el *Gordito*.

Se lidiaron reses de Saltillo y Manolo

despachó su segundo, que se llamaba *Señorito*, con dos pases naturales de pitón á rabo, cuatro de pecho, tres en redondo y una estocada hasta la empuñadura, entrando muy en corto y por derecho al volapié.

Las aclamaciones fueron estruendosas, el público desbordó su entusiástica admiración en una verdadera tempestad de aplausos, y el *Gordito* le abrazó conmovido y emocionado ante la gallardía de aquel mozuelo de diez y nueve años.

Conocido es el apasionamiento que los sevillanos sienten por *sus* toreros, y no son de extrañar aquellas casi frenéticas manifestaciones que, halagando el amor propio de *Maoliyo* y estimulando su ambición de lauros y riquezas, le hicieron resbalar con vertiginosa rapidez por el plano inclinado á cuyo término la muerte acechaba su presa para devorarla.

Se ha dicho muchas veces, con diferentes motivos, que los amigos intere-

sados, los oficiosos aduladores y los inconscientes panegiristas de los toreros, son sus más terribles enemigos; eso es verdad incuestionable.

Ellos, por satisfacción de la propia vanidad, engríen á *su* diestro favorito, lo ensalzan, lo imponen y le obligan á colocarse en un puesto que exige, para ser ocupado dignamente, vastos conocimientos del toreo y mucha práctica en sus arriesgados ejercicios, además de un valor sereno y reflexivo, que no debemos confundir con la temeridad de que alardean esos toreros incipientes que sólo en ella cifran el éxito de su trabajo.

Ellos son los que alientan con sus ciegos entusiasmos á esos infelices *toreros emocionantes*, sin recursos artísticos, que se dedican á matar toros fiados en su temeridad y en el favor de la Providencia, amparo de jóvenes que, ignorando cuanto concierne al arte de *Paquiro*, se lanzan por esas plazas á lidiar reses bravas sin más ayudas que las del valor y la causalidad...

¡Triste destino el de esas criaturas que, halagadas en su ambición por los amigos imprudentes, corren á una muerte casi segura, por conquistar efímeros populares aplausos y un puñado de pesetas... sabe Dios á costa de cuántos peligros adquiridos!...

Que el *Espartero* pertenecía al número de esos matadores predestinados á morir en las astas del toro, lo prueban con evidencia estos dos detalles rigurosamente históricos:

En la corrida del 13 de Septiembre de 1885, mató un toro que estaba apenado á los tableros, no teniendo el matador más remedio que salir de la suerte rebotado por la cara, ó estrellándose contra la valla; eso será muy de valiente, pero nada tiene de artístico, á no ser que equiparemos al matador de toros con un suicida *profesional*.

Seis días después—19 de Septiembre—en Zalamea la Real, correspondióle matar un pajarraco manso y cobarde á más no poder; Manolo arrancó

al volapié cuando el animalejo tenía el hocico enterrado en la arena y las manos abiertas; el espada salió, como era natural, enganchado por la pierna derecha. De seguir así, el ídolo de los aficionados sevillanos *era de los toros*.



III

En pleno éxito.

La fama de que venía precedido el *Espartero*, hizo que su llegada á Madrid resultase un acontecimiento para los aficionados, que deseaban tener ocasión de apreciar en su justo valor las condiciones y méritos del novel espada.

La résonancia de sus triunfos en las plazas andaluzas; la rapidez vertiginosa con que había recorrido en poco tiempo—tres meses escasos—la escala gerárquica del toreo, hasta conseguir presentarse por primera vez en la corte, para confirmar la alternativa que un mes antes habíale otorgado el *Gordito* en Sevilla; el ser un torero completamente

desconocido para la casi totalidad de los aficionados madrileños; el natural recelo con que se dispone el ánimo á juzgar lo que sólo se conoce por referencias, no siempre exactas, y menos aún cuando la pasión pone de su parte lo que puede con objeto de inclinar la balanza á favor del ídolo ensalzado; todo eso, dió motivo más que suficiente á la expectación que despertara la noticia de que el *Espartero* torearía en Madrid el día 14 de Octubre de 1885.

Los que alardeaban de haber visto á Manuel toreando por Andalucía, dedicáronse á la tarea de entonar himnos laudatorios en honor del héroe; los más suspicaces vacilaban al oír tales diti-rambos; otros, mostrábanse desde luego refractarios á dar como bueno un diestro de quien no tenían más noticias que las facilitadas por officiosos panegiristas, amén de algunos juicios, quizás apasionados, de la Prensa local y corresponsales taurinos.

¡Y era cosa de oír las discusiones á

que dió margen la futura presentación del *Espartero* en Madrid!...

Abusando del eterno cliché, para estos casos prevenido, puede afirmarse que durante aquellos días, *Maoliyo* el *Espartero* fué tema obligado de todas las conversaciones.

La presentación en el coso madrileño de aquel joven, casi un niño todavía, de atezado rostro, regular estatura, delgado; simpático y sonriente, causó una sensación inexplicable en los espectadores ..

¿Le admiraban?... ¿Le compadeían?...

Pascual Millán, en el prólogo de su último libro, recientemente publicado (1), sintetiza aquel efecto en este párrafo:

«Aún recuerdo la tarde de su debut: nos produjo un sobresalto incesante y (¿por qué no decirlo?), una gran indignación».

(1) *Trilogía taurina*; segunda parte, *En la plaza*, pág. 45.

nación contra los que empujaban á Manolo hacia su triste fin. Aquello no era torear, era andarse á zarpazos con la res. ¡Y eso lo hacía una criatura desprovista de facultades físicas y sin ningún recurso!»

Aquella tarde—14 de Octubre de 1885—el *Espartero* hacía su presentación en la plaza de Madrid y confirmaba la alternativa matando reses de Núñez de Prado, en unión de Fernando Gómez, el *Gallo*.

Mató el primer toro, de nombre *Pichón*, mediante una estocada al volapié precedida de tres pases altos, uno cambiado y otro de pecho; con el cuarto hizo una faena bastante pesada por estar el bicho muy quedado, pero sin perderle la cara, y despachó al sexto con media estocada y una buena, después de pasarlo con algún lucimiento.

Y he aquí la opinión que mereció el *Espartero* á la prensa taurina más autorizada de aquellos tiempos:

«El *Espartero*, que ayer se presentó

en Madrid precedido de gran fama, y que fué la novedad de la fiesta, merece que nos detengamos un poco en nuestro juicio. Para ser torero se necesita valor ante todo, serenidad y frescura; pero también se necesita saber torear, porque si no es imposible ejercer esa profesión. Esto parece una verdad de Pero Grullo; pero hay que recordarla en vista de lo que aquí va ocurriendo con los principiantes.

»Todo el que se arrime puede ser torero; pero no sólo porque se arrime, sino porque, además, sepa una porción de cosas indispensables para torear. Hoy quieren los diestros empezar por el fin de la carrera, es decir, matando toros, y eso es imposible. Hay que estar algunos años corriendo toros para ir conociendo las diversas condiciones de las reses bravas, y hay que poner muchas banderillas para este efecto. Cuando se conoce el arte y se conoce el ganado, el que tenga valor para ello podrá coger el estoque; pero si todo se

ignora, es muy posible que un diestro se quede en la mitad de la carrera.

»El *Espartero* tiene lo principal para matar toros; se acerca como nadie, lleva una muleta pequeña, es muy sereno, no conoce ni teme el peligro, pero no sabe una sola palabra de lo que es matar toros. La muleta tiene un uso que este diestro desconoce; para matar hay que ponerse de una manera que ignora, y las reses ofrecen dificultades que se vencen con los recursos del arte, recursos que el *Espartero* desconoce. Acercarse y no tener miedo, no es saber torear. La alternativa de matador debe tomarse cuando se sepa el oficio, y no antes. Los que digan al *Espartero* que es un matador de toros, le harán más daño que provecho; los que le digan que tiene condiciones para ser el primero algún día, si el carro no se le tuerce, le dicen la verdad. Los detalles de lo que ejecutó en sus tres toros no los hemos de repetir aquí. Sólo diremos, en prueba de lo que afirmamos,

que, por no saber, se expuso ayer á que se le quedara vivo el segundo toro, á pesar de todo su arrojo, todo su valor y toda su serenidad. En suma; hay que aprender el oficio y no tomar el título de maestro hasta que se sepan y corrijan los defectos» (1).

Casi unánime fué la opinión de cuantos presenciaron el *debut* del *Espartero* en Madrid.

Como se ve, algún hierro hubo de quitarse á los ditirámicos elogios de que sus paisanos le hicieran objeto; sólo una cualidad sobresaliente se reconoció en aquel matador de diez y nueve años poco más: el valor temerario.

De inteligencia en el toreo, dominio de sus múltiples lances, conocimiento de los toros para dar á cada uno la lidia necesaria según sus condiciones, de eso, se hallaba casi ayuno el infeliz *Espartero*.

La Lidia le juzgó en esta forma:

(1) *El Toreo*, núm. 556.

«Ya se ha estrenado el fenómeno en la villa y corte de las Españas. Los aficionados han podido juzgar, en la tarde del miércoles último, 14 del actual, al asombroso diestro que los periódicos sevillanos presentaban como el Montes en miniatura del toreo moderno.

»Ya podemos hablar con algún conocimiento de causa de Manuel García, el *Espartero*; podemos juzgarle; podemos examinarle; podemos comprobar la exactitud ó falsía de las ponderaciones monstruosas de que el novel matador venía precedido.

»Y vamos á hacerlo con la misma calma, con la misma serenidad que empleamos cuando Sevilla nos mandó á Mazzantini envuelto en una aureola de gloria, muy semejante á la que en la ciudad del Bétis se ha confeccionado para el *Espartero*.

»Entendemos, desde luego, que no hay nada tan fácil como juzgar á Manuel García, por las condiciones que reveló en la corrida del miércoles. El

muchacho es de los que se clarean al instante, y no hace falta fijarse mucho en él para ver enseguida cuál es el lado bueno y cuál el lado de que flaquea.

»Por de pronto, la curiosidad era tan grande por conocerle, que cuando entró en el corral para dirigirse al cuarto de los toreros, hubo un verdadero tumulto en el público por verle de cerca y enterarse en detalle de todos los rasgos de su fisonomía.

»Cuando se presentó en la plaza el primer toro, todas las miradas estaban fijas en el *Espartero*; y en cuanto transcurrieron dos minutos sin que el chico tuviera ocasión de verificar ninguna suerte portentosa, ya se oía exclamar á algunos:—¡Hombre! ¡Pues todavía no ha hecho nada!

»Espectador hubo que creyó, sin duda, que al salir el bicho se arrodillaría ante el *Espartero*, y le lamería las manos como un perro de aguas.

»Tal era el efecto que produjeron en los aficionados los desmesurados elogios

de la prensa sevillana. ¡Cuánto, pero cuánto han perjudicado estos elogios á Manuel García!

»Ni el *Espartero* es un *petit* Montes, ni el *Espartero* puede empañar con la más leve sombra la reputación de los matadores que el público de Madrid aplaude, ni el *Espartero* trae, al menos por ahora, y á juzgar por lo que hizo en la corrida del miércoles, esas inmensas cualidades que se le han atribuido.

»¿Qué es el *Espartero*? Pues es pura y simplemente un niño de diez y nueve años, desprovisto de facultades físicas, y dotado del desatinado valor que presta una ignorancia absoluta del peligro y un desconocimiento total de las reglas más elementales del toreo. Ni más, ni menos.

»El muchacho lidia las reses en la plaza como los chicos juegan al toro en calles y plazuelas. Para él, los toros no son animales fieros, cuyas intenciones hay que conocer, y cuyas acometidas

hay que evitar de una manera conveniente y razonada.

»Para el *Espartero*, el toro es una masa que se mueve y cornea, y con la cual debe andar el torero á puñetazo limpio, ya con el capote, ya con la muleta, ya con las mismas manos del torero, como si lo que se tratase de demostrar fuese que el hombre es tan animal ó más que el toro.

»Esto da á entender, sin gran esfuerzo, que el joven matador debe estar siempre en la misma cabeza de la res. Y así es, en efecto; tan en la misma cabeza está el *Espartero*, que el miércoles, al dar un recorte con el capote al brazo, recibió en la espalda una tremenda bofetada con el testuz del toro, y fué á parar, despedido violentamente, á dos metros de distancia.

»En otra ocasión se salió de la cuna apoyando las dos manos en el testuz; y dos veces, á la terminación de una media verónica, dió un fuerte puñetazo al toro entre los dos cuernos.

»Con la muleta en la mano, el toro y el matador se confunden en un solo objeto, en cuanto la res se ciñe un poco. El *Espartero* no tiene, puede decirse, más que dos pases; el pase por alto y el cambiado. Con el primero, que es algo sesgado y muy en corto, hace que el toro se vuelva, no al aviso de la muleta, sino á la vista del bulto; y como el torero está siempre lindando con el terreno del toro, no tiene que hacer sino mover la muñeca de derecha á izquierda para que el toro tome el terreno del hombre, y se verifica el cambio en un palmo de terreno.

»Con estos dos pases, el *Espartero* marea al toro, en un bullir continuo, sin separarse un ápice de la cabeza y moviendo los pies en todas direcciones sin tregua ni reposo, hasta que la res se para zarandeada y descompuesta, sin igualar casi nunca las manos.

»Esto de que los toros no se igualen, importa poco al *Espartero*. Aquí la decoración cambia y el valor desaparece.

Vamos á explicarlo. Mientras el *Espartero* ve su defensa, sea muleta ó capote, se muestra desahogadísimo, porque mueve con libertad y coloca el engaño á la distancia y en la dirección que estima conveniente.

»Pero al liar para dar la estocada, el matador tiene que fijar los ojos en el morrillo del toro y dar la salida al trapo, sin mirarlo, porque no es posible. En este momento hacen falta el valor para meter el brazo y la habilidad para salir ileso de la reunión por medio del quiebro de la muleta.

»Y como el *Espartero* no tiene habilidad alguna y en el lance de la muerte es indispensable la habilidad, el muchacho ha conocido que corre un peligro inminente, y sale tranquilamente del paso colocándose para arrancar fuera de la cabeza, é hiriendo por medio de un cuarteo claro, evidente y sin disfraz alguno, es decir, esquivando el peligro.

»Añádase á esto que arquea extre-

madamente el brazo, y se comprenderá que la mayoría de las estocadas tienen que resultar perpendiculares y muy poco rectas, y que además en cuanto un toro se aplome ó vuelva mansurrón, hay exposición segura á pinchar repetidas veces y á que los toros se queden vivos, como sucedió al *Espartero* en el segundo que mató el miércoles.

.....

»Cuanto á nosotros, no tenemos por qué ocultar que no estamos al lado de los que han tratado al *Espartero* con despego horrible ó con injusta saña. Creemos que no puede pedirse más á un niño de diez y nueve años; y esto nos basta para que nuestras simpatías estén, por hoy, cordialmente por el diestro sevillano.»

Nos hemos extendido á copiar casi íntegro ese razonado artículo de *Don Jerónimo*, porque en él se detalla gráficamente lo que el *Espartero* ejecutaba delante de los toros. Tal era *Maoliyo* y tal su toreo, cuando vino á Madrid.

He aquí el juicio que á *La Nueva Lidia* mereció el nuevo espada:

«Reasumiendo (1). El *Espartero* principia ahora; y si, como esperamos, procura corregir los defectos de escuela y de experiencia que se descubren en sus primeros vuelos; si adquiere el aplomo que tan fácil ha de serle á quien posee tanta serenidad y tanto arrojo; si consigue oportunidad en los quites y seguridad en las suertes, y economizar el capeo innecesario, no dudamos, sino que tenemos la casi evidencia, de que su nombre llegará pronto á figurar entre los de los grandes maestros, á quienes no debe intentar oscurecer, sino modestamente imitar.»

Para terminar, expondremos la opinión de persona tan sensata, imparcial é inteligente en materia taurina, como lo fué D. José Sánchez de Neira, quien

(1) Conste que copiamos á la letra y no respondemos, por tanto, de los errores de dicción que el lector pudiere advertir.

aseguraba, en su *Gran Diccionario Taurómico*, que el *Espartero* «entraba en el terreno de los toros sin necesidad y saliendo de él volteado casi siempre, de mala manera; era seguro que en seis corridas había de ser cogido más de seis veces; al herir lo hacía de *sorpresa*, sin esperar una prudente colocación, y arqueaba tanto el brazo derecho para herir, que describía en el aire con la punta del estoque un medio círculo, con cuyo procedimiento no había fijeza, ni podía haberla.»

Como se ve, no cabía mayor conformidad en las apreciaciones de los críticos más reputados á la sazón.

El *Espartero* era un valiente, pero aún no debía ser considerado como un buen torero.

Eso no obstante, la popularidad alcanzada por el diestro sevillano aumentó rápidamente, á favor de las controversias que suscitara su presentación en el coso madrileño, y la musa callejera no tardó en apoderarse de aquella

figura, cuyos arrestos inspiraron numerosas canciones, dedicadas al héroe de moda, á Manuel García, el *Espartero*, al torero *mimado* de Sevilla.

Aunque se le juzgase con la severidad que hemos visto, podemos asegurar que el recién *doctorado* matador de toros, alcanzó un triunfo en la tarde del 14 de Octubre de 1885, toreando por primera vez en Madrid, donde no tardó en lograr considerable partido entre los aficionados que, por lo menos, vislumbraban en él una esperanza.



IV

En el apogeo.

Los juicios emitidos en la prensa de Madrid referentes á la labor realizada aquella tarde por Manuel García, suscitó la indignación de los paisanos de éste y entabláronse rudas polémicas y apasionadas disputas entre los periódicos de allende y aquende Despeñaperros.

Próximo á retirarse el insustituible Salvador Sánchez, *Frascuelo*, ya casi en el ocaso la estrella de *Lagartijo*, partiendo—como dicen vulgarmente—el bacalao Luis Mazzantini, que en muy poco tiempo también consiguió hacerse una reputación de excelente matador

de toros; vislumbrando en el horizonte, con luz propia y brillante Rafael Guerra, *Guerrita*, la aparición del *Espartero* contribuyó á aumentar, con uno más, los numerosos partidos en que la afición hallábase dividida.

Sus admiradores, los que aplaudían sin conciencia ni distingos aquellos desplantes de Manuel ante los toros, temeridades, mejor dicho, sin advertir que alentado en esa forma el ídolo pudiera tener un grave percance y ser víctima, más que de su valor y su ignorancia, de los amigos y *jaleadores*, de tal manera encomiaron al *Espartero*, que ni Rafael Molina, ni Mazzantini, ni el entonces principiante *Guerrita*, sirvieran, según ellos, para conducir á la plaza los estoques de *Maoliyo*.

El cual continuó recorriendo victoriosamente los principales cosos españoles; pues como su presentación resultaba siempre un acontecimiento allí donde por primera vez se le veía torear, las empresas se lo disputaban acep-

tando de buen grado cuantas condiciones él impusiera, seguros de que la ganancia les resarciría con creces de los dispendios que hicieran para satisfacer el anhelo que en todas partes sentían los aficionados de ver y admirar al héroe sevillano.

Los partidarios del *Espartero* llegaron á formar legión, y tal grado alcanzó la excitación de sus entusiasmos que, por algún tiempo, renováronse aquellas rivalidades suscitadas antaño entre los fervientes adoradores de Romero y *Pepe-Illo*, Montes y el *Chiclanero*, Domínguez y *Cúchares*, el *Tato* y el *Gordito*, y más tarde *Lagartijo* y *Fras-cuelo*.

La revelación de Rafael Guerra como astro de primera magnitud en el firmamento taurino, precipitó la explosión de tales antagonismos, y *esparteristas* y *guerristas* pusieron frente á frente, tratando de recabar la supremacía de la gloria para su ídolo respectivo.

Esas rivalidades, esas verdaderas lu-

chas, llevadas á veces al encono por los apasionados de tal ó cual torero, han prestado siempre inusitada animación á la fiesta, convirtiendo las plazas en palenques del amor propio, donde cada espectador sentía como suyas las vicisitudes porque hubiera de pasar su diestro favorito en el transcurso de una corrida.

¡Cómo gozaban los vencedores presenciando la humillación de los vencidos!...

Y es de advertir que—por lo general—aquellas rivalidades no trascendían casi nunca á los interesados, que sólo procuraban complacer al público en la forma que podían, y disputarse las palmas en lid noble y ajena á todo bastardo interés de refinado egoísmo.

Con eso, los que siempre resultaban gananciosos eran los empresarios, que sabían aprovechar lo que pudiera llamarse *chifladura* del público, en beneficio propio.

Las duras y peligrosas lecciones de

la experiencia, previstas por los inteligentes, que desde el primer momento acertaron á señalar los defectos de que adolecía el trabajo de Manolo, además de lo que lograra él aprender toreando con los maestros que, por entonces, eran únicos en España, hicieron que el *Espartero* parase mientes en los riesgos á que de continuar por el camino emprendido se exponía, y buscase la mejor manera de esquivarlos sin detrimento de su fama y con probabilidades de éxito.

Aprendió el muchacho á defenderse bien de los toros con la muleta, ciñéndose mucho en los pases; pero como su faena era siempre la misma y no todas las reses admiten igual género de lidia—cosa que el *Espartero* no alcanzó quizás á comprender, ó á la que dió escasisima importancia—su toreo resultaba muy desigual, y deslucido en ocasiones, por lo que la influencia de *Maoliyo* entre sus partidarios sufrió algunos quebrantos, si bien inapreciables al princi-

pio, evidentes después, ya que el entusiasmo no se entibiara hasta el punto de convertirse en hostilidad.

Su toreo á *la defensiva*, aunque vistoso algunas veces y sensacional, carecía de eficacia en el castigo, y por eso menudearon para el *Espartero* los percances desgraciados, precursores de la catástrofe que hubimos de lamentar pocos años después.

Como en estos apuntes, más que un trabajo de biografía, nos proponemos trazar una especie de bosquejo psicológico, no detallaremos las incontables cogidas que sufrió Manuel en el curso de su carrera taurina, ni hemos de fijar la atención de nuestros lectores en minuciosidades cronológicas que, por otra parte, son generalmente conocidas de los aficionados, ya que se trata de un torero de ayer, á quien casi todos conocimos y cuyo valor admiramos.

Nuestro principal objeto es el de hacer—en la medida que alcancen las fuerzas, no muy sobradas, de que dispo-

nemos—el proceso de la trágica muerte del *Espartero*, analizando las causas generadoras del desastre, á fin de que ellas sirvan de aviso, y no para echado en saco roto, á los jóvenes que, sin otros recursos que los de un valor apoyado en la temeridad que presta la ignorancia, se dedican al toreo y pretenden sentar plaza de eminencias, desconociendo casi en absoluto los preceptos en que se basa el ejercicio de la profesión y no debe ignorar, quien aspire legítimamente al dictado de maestro.

El caso del *Espartero*, al que las oficiosidades imprudentes de una amistad mal entendida, cuando no interesada, condujeron al precipicio, se repite con lamentable frecuencia, y aun, al presente, alguno muy parecido pudiéramos señalar.

Dijimos en el primer capítulo de este librejo, que los héroes siempre son aplaudidos y venerados por las muchedumbres; ellas los convierten en semidioses, les rinden culto y los populari-

zan, rodeándolos de brillante aureola, como si de verdaderas divinidades se tratara.

La juventud es muy propicia á los encantos de la vanidad; y cuando ésta puede verse plenamente satisfecha, sin gran esfuerzo, ¿cómo asombrarnos de que esos mozalvetes incautos, mecidos en sus ilusiones de adolescentes por las auras populares, lleguen á creerse dignos de tales halagos y, sintiendo las excitaciones del amor propio irritado, se lancen á la lucha sin reparar en los peligros, ansiosos de gloria y renombre?...

Es cosa mucho más fácil adquirir fama de valiente que obtenerla de sabio.

Nadie ignora quién fué Napoleón; únicamente cierto número de individuos, muy escaso con relación á la multitud que puebla el mundo, sabe quién inventó el pararrayos.

Puede asegurarse que todos los grandes guerreros, esos valientes que vivieron ocupados en el exterminio de la humanidad, vulnerando á su antojo la ley

divina, han alcanzado la honra inestimable de que el bronce y el mármol perpetúen de generación en generación el recuerdo de sus hazañas; pocos, muy pocos monumentos han dedicado las muchedumbres á enaltecer las obras de sus bienhechores.

Los pueblos que se llaman cultos, erigen estatuas á sus sabios y sus héroes en proporción de una de aquéllas por cada diez de éstas.

He ahí la razón de la popularidad de Manuel García el *Espartero*. La misma que inspiró los romances del Cid.

También *Maoliyo* tuvo su romancero y su leyenda, como los héroes de la *Iliada* tuvieron su poeta.

Temporada hubo en que los *Homeros* del día entonaban por las calles, á los acordes del guitarrillo, un extenso repertorio de canciones, en las que se referían pintorescamente las hazañas de Manuel (1).

(1) Entre los muchos cantares dedicados

Cuya popularidad creció como la espuma, desde que en una corrida extraordinaria, efectuada en Madrid durante el mes de Marzo de 1891, se

por el pueblo á enaltecer la memoria de *Maoliyo*, recordamos los siguientes:

«En una espartería
llora un chiquillo;
quién había de decir
que sería otro *Pepe-Ilo*.»

«El 27 de Mayo
día triste amaneció,
en la plaza de Madrid
el *Espartero* murió».

«Cuatro caballos llevaba,
todos llevaban plumero;
los sevillanos lloraban
la muerte del *Espartero*.»

«El *Espartero* valiente
con el toro se estrechó,
por su vergüenza torera
el toro lo empitonó».

«Sevilla viste de luto
por unos cuantos toreros
que se llamaron *Pepete*,
Lesaca y el *Espartero*.»

presentó en esta plaza compitiendo con *Guerrita*, ya matador de toros.

Era la primera vez que los aficionados de la Corte veían torear juntos á los dos ídolos que por entonces se disputaban los aplausos y el dinero.

Se jugaron seis reses de Saltillo.

El *Espartero*, que figuraba como primer espada, «se lió con *Zorrillo*, que estaba hecho una babosa, y después de una buena brega, pero buena, buena, se tiró corto y derecho y dejó una estocada perpendicular, con tendencias al estrabismo, como diría Moret.

»Pero el bicho no se echó
y al matador deslució;

porque como ya no hacía por él, empe-

«De verde y oro vestía
el célebre matador
que en Madrid perdió la vida
por su arrojo y su valor.»

«Era un bicho criminal
de la casta de Miura,
que al rey de la tauromaquia
le mandó á la sepultura.»

zó el mozo á pinchar y á intentar el descabello, en el cual anda á la altura de Fabié como ministro.

»Por fin Manolo acertó con una buena (1).

»En el tercero toreó de muleta corto y ceñido; después atizó media estocada perpendicular y delantera, una *enteriza* de las que no matan, un pinchazo y un descabello sin consecuencias».

Despachó al quinto con «dos pases nada más, y tirándose casi en el terreno del bicho, soltó un volapié hasta la mano, por todo lo alto, de esos que matan como una exhalación.

»El chico cayó al suelo por mor del encontronazo».

Las opiniones anduvieron aquella tarde muy divididas; pero aunque no logró un triunfo completo, como sus partidarios soñaron, el *Espartero* supo mantener enhiesto el pabellón de su

(1) Pascual Millán: *Trilogía taurina*, segunda parte. *En la plaza*: pág. 165.

fama. El mismo Millán, al comentar las peripecias de aquella corrida, escribe:

«Claro está que con *Guerrita* no hay competencia posible, porque el chico es un asombro; pero si alguno puede hoy estimularlo y hacerle apretar, es el *Espartero*.

»Torea éste muy bien de muleta y hace quites superiores. Al herir no está á la misma altura, aunque ya no arquea el brazo, como *in illo tempore*, lo cual demuestra un avance».

Por creerla sinceramente ajustada á la realidad, incluimos aquí la apreciación que, juzgando en conjunto el trabajo de Manolo, hizo el Sr. Ramírez Bernal, en su artículo «Manuel García, el *Espartero*», ya citado (1).

«Derecho, con la muleta en la mano izquierda, pisando un terreno de compromiso, tomaba los toros tan en corto y los *aguantaba* en el *engaño*, que al

(1) *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado: año II, núm. 67.

arranque de éstos y rematar los pases por encima de la *cabeza*, podía decirse que *romaneaba* todo aquel peso de carne toricida. Yo, que le ví en Sevilla durante siete temporadas seguidas irse con la muletilla plegada ante toda clase de toros, presentando barriga, sonriente, decidido y con tanta *franqueza*, no podía menos de admirarle tanto derroche de valor, y más si acontecía que algún toro se le humillaba al verle y él, *adelantándole en la cara*, lograba desde los tercios hacerle retroceder hasta dar con la penca en las tablas.

»Ejecutar aquel avance era el delirio de la temeridad, porque solo con la calma estóica de aquel hombre y la certeza de que la muleta no permanecía ociosa, sino que tapaba en el *acosón* los ojos de la res, podía restablecerse la tranquilidad en los que mirábamos aquella especie de pugilato.

»Su juego de muleta no era clásico ni educativo de las reses. Parar mucho, sí, pero sin comprender, la mayor parte

de las veces, qué pases merecía el toro, y dónde debía matarlo, con presteza y defensa propia del torero. Andando el tiempo y fijándose en los golpes recibidos, adoptó el sistema de colocar la muleta desplegada ante la frente del toro; el cuerpo quedaba derecho, atrás de la línea recta del pitón, y, como *aguantaba*, ya podía decirse que estaba segurísimo. Que algo influiría en este cambio de actitud, postergando el sistema comprometido de colocar el cuerpo frente á la *cuna*, algún consejo de diestro entendido, que tal vez logró convencerle, es indudable, porque un cordobés célebre no cesaba, en pública plaza, de darle alguna lección por bajo para que no la aperciese la concurrencia.

»El *Espartero*, que no era ligero de piernas, demostrábase activo en quites como el primero; pero era monótono en ellos, siempre lo mismo y por el mismo lado, porque torear por la derecha le salía con torpeza y doble compromiso. Sus recortes á medio capo-

te eran ceñidísimos y *parando*, poniendo á plomo el cuerpo como la esbelta torre de la Giralda; algunas veces daba largas, pero sin estética en las líneas; otras capeaba á la verónica, pero sin esa sal que se necesita para que la suerte, en la manera de hacerla, resulte limpia, bella, correcta en recibir al toro en los vuelos de la capa y despedirlo con el acompasado braceo, que denota la homogeneidad ó conjunto de tiempos indispensables para repasarle al toro, quedando á cada lance derecho, y el capeador, sin perder la *cara*, girar sólo sobre sus pies, ganando con el contrario la línea recta al testuz.

»Una vez le ví torear á lo chatre ó de tijerilla, porque tal vez hubiese oído hablar de tan desusada suerte; otras, cuartear con el capote al brazo.

»Pero lo que era de admirar—según el gusto de los clásicos matadores—verle cuando por un acosón de la fiera, durante el tercio de varas, huían todos los toreros en busca del *olivo*, mostrarse

tan sereno que, sin moverse, dejaba llegar al toro, ganándole la cabeza con un cuarteo ceñidísimo.»

El valor y la voluntad, en estrecho consorcio, habían hecho de aquel joven audaz y temerario, que comenzó batiéndose poco menos que á brazo partido con las reses, un torero muy apreciable y digno de figurar entre los mejores de su tiempo; si bien, debido á ese modo especialísimo que tenía de lidiar, fiado más en su coraje que en los preceptos de la tauromaquia, descrito en las anteriores líneas por quien está reputado de maestro en la materia, el *Espartero* veíase en constante peligro de pagar algún día caras sus imprudencias ante los toros.





V

La tragedia.

Cimentada sobre esas bases su reputación como matador de toros, el *Espartero* se vió á la continua solicitado por las empresas, que le consideraban elemento indispensable para organizar corridas que pudieran ofrecer aliciente á los aficionados.

Y como al mismo tiempo se advertieran progresos evidentes en el trabajo de Manuel, la presentación de su nombre en los carteles era siempre acogida con entusiasmo y aportaba numeroso contingente de espectadores, ansiosos de admirar su gallardía y aplaudir sus arrestos.

Años después, ocurrió al *Espartero* lo que suele ocurrir á cuantos, como él, deben sus triunfos á la temeridad, ayudada eficazmente por el acaso; á medida que iba perfeccionándose en los secretos de la profesión hacia conciencia del peligro, para esquivarlo no perdonaba recurso, hasta el extremo de que en algunas temporadas, como las de 1892 y siguiente, se cotizó en baja su papel, disminuyendo á la vez el entusiasmo que lograra despertar en otros tiempos; ya no era el incauto mozalbete que procuraba suplir con arrojados de suicida la carencia de facultades. Precisamente cuando empezó á revelarse como torero capaz de competir con los mejores, empezó el eclipse de su estrella; y esa circunstancia fué quizás la que determinara el desgraciado fin del diestro sevillano.

Torero de pundonor, dechado de lo que se llama vergüenza torera, el *Espartero*, reconociéndose quizás único responsable de su fracaso, procuró re-

cobrar el terreno perdido y las simpatías que durante su triunfal carrera le acompañaran.

El autor de *Los toros en Madrid*, al publicar en la segunda parte de su *Trilogía taurina* la reseña de la sexta corrida de abono del año 1894, estampa esta nota que sirve para corroborar lo que afirmamos:

«Creo del caso reproducir esta revista y la siguiente por dos razones:

1.^a Porque en las corridas á que hacen referencia, *Guerrita* quedó superiormente, pudiendo asegurarse que ellas marcan el apogeo de ese lidiador.

2.^a Porque el *Espartero* se afiigió de tal modo en nuestra plaza, que ya no pudo hacer nada á derechas, provocando así la catástrofe del 27 de Mayo.»

El descenso era rápido y el desgraciado *Maoliyo*, torero valiente, hubo de procurar con empeño mantener á flote la fama conseguida en buena lid.

Así las cosas, llegó la fecha fatal del 27 de Mayo de 1894.

El *Espartero*, el *Zocato* y Fuentes, debían estoquear seis toros de Miura.

El recuerdo de lo que aquella tarde ocurrió en la plaza de Madrid nos contrista de tal modo, que apenas sentimos fuerzas y ánimo suficientes para relatar la desgracia.

¡Una existencia segada en flor por el airado golpe de la adversidad!...

¡Un hombre joven, pletórico de vida, halagado por la esperanza en un porvenir muy próximo, henchido de venturas inefables, caer exánime, víctima de su pundonor y su inexperiencia, rodeado de una multitud, ansiosa de admirarle y aplaudirle, sintiendo resbalar sobre su frente los rayos del sol como si quisieran darle un supremo *adiós* de eterna despedida!...

¡Pobre *Maoliyo*!...

¿Cómo y por qué sobrevino la catástrofe?...

El primer toro de los lidiados, *Perdigón* de nombre, colorado, ojo de perdiz, algo escurrido de carne y afilado de

herramientas, llegó al último trance— después de hacer la pelea regularmente —quedado, defendiéndose y estirando el pescuezo con las perversas intenciones de un marrajo.

El *Espartero*, que vestía traje verde y oro, le tomó de muleta ciñéndose como acostumbraba á hacerlo y dando algunos pases de pitón á pitón; entró á matar y en el momento de la reunión fué cogido y volteado. El toro le despidió á una altura considerable.

Se levantó y continuó el trasteo sin preocuparse, al parecer, del accidente.

«El toro tenía delante un caballo muerto, que constituía una querencia natural; Manuel se colocó entre el caballo y el toro, dando la espalda al primero, y en aquel terreno tan difícil, tratándose de una res de cuidado, lió y se arrancó á matar, entrando muy corto y muy derecho sin ninguna clase de incertidumbre. Tan fué así, que la estocada resultó contraria de puro atracarse, y el toro salió muerto de las manos

del espada. ¡Ay! pero al mismo tiempo moría el lidiador.

»El *Espartero* no vació lo suficiente al arrancarse y el toro se hizo con él, dándole una terrible cornada en el vientre, que le produjo un colapso, del cual falleció momentos después de ingresar en la enfermería.

»El *Espartero*, al ser despedido por el toro, quedó rígido, con las piernas contraídas y el rostro descompuesto» (1).

La desgracia conmovió profundamente á todos los aficionados, y en Sevilla, al ser conocida, produjo verdadera consternación.

Los paisanos y admiradores del diestro infortunado, quisieron cargar la culpa del desastre sobre la prensa y el público de Madrid, cuyas exigencias desmedidas, según ellos, habían provocado la tragedia que todos lamentaban.

(1) Pascual Millán, obra citada, pág. 253. *El País*, diario republicano, 18 de Mayo de 1898.

Agrias discusiones entabláronse con tal motivo, y quizás hubieran traspasado los términos de un debate más ó menos apasionado, pero siempre correcto y noble, á no mediar, muy oportunamente, sesudos escritores de uno y otro bando que, haciendo valer su autoridad en la materia, pusieron las cosas en el lugar que las correspondía, evitando quizás nuevas desgracias con su prudencia y buena voluntad.

El País, en el artículo que, firmado por Millán, publicó el día 18 de Mayo, al examinar las causas generadoras del suceso, expresábase en esta forma:

«Hacia algún tiempo que Manuel no era el torero de otras veces, y el público, ansioso de aplaudirle, veíase precisado á demostrarle su disgusto.

»¿Influyeron estas demostraciones en su ánimo? ¿Se propuso cosechar de nuevo aquellos aplausos entusiastas con que antes se premiara su valor?

»¡Quién sabe! Es de presumir que sí, porque desde el primer momento le vi-

mos ayer con ganas de quedar bien».

El Sr. Carmena y Millán, al refutar en un razonado y contundente artículo las injustas acusaciones lanzadas por los sevillanos contra los aficionados madrileños, hizo patente la razón del desastre en estas palabras:

«El desgraciado lidiador cometió la imprudencia inconcebible de arrancarse á matar dando la espalda á un caballo muerto, donde el toro tenía querencia y éste *se quedaba con él*; pues en lugar de entrarle con muchos pies, como requería la mala condición del bicho, que alargaba el pescuezo, lo hizo con muy pocas facultades y quedándose delante de la cara» (1).

D. José Sánchez de Neira, al describir las circunstancias que concurrieron en la muerte del *Espartero*, expuso estas razones, que consideramos atinadísimas:

(1) Luis Carmena y Millán: *Estocadas y Pinchazos*, pág. 244.

«Como nosotros hemos defendido siempre que ajustándose estrictamente á las reglas de torear no debe haber cogidas de toreros, queremos explicar que el *Espartero* faltó á ellas abiertamente: primero, por desconocer que la malicia del toro y sus facultades no le permitían irse á él, sino dándole de cerca gran salida con la muleta, lo cual no hizo ninguna de las dos veces en que fué cogido; segundo, porque después del volteo que sufrió, ya que no quiso retirarse, no era prudente repetir la suerte en el mismo sitio, y debió mandar correr el toro á otro tercio de la plaza; y el tercero y más principal, porque sin acordarse del terreno que pisaba arrancó á herir contra querencia, que á su espalda había un caballo muerto, ante el cual había hecho parada el toro. A Manolo, que no entró además á herir á tiro rápido, sino con relativa calma, le sucedió lo que al *Ecijano* en Madrid el 8 de Agosto de 1886 por igual causa, siendo herido en un muslo, y lo

que á *Lagartijo* el mismo día en San Sebastián, que fué cogido, volteado y corneado, por matar contra querencia toros de algún sentido» (1).

Todos los autores, testigos presenciales del hecho, concuerdan con matemática exactitud al describir la forma en que se desarrolló el sangriento drama; así como al analizar los motivos, también es casi unánime la opinión de que el *Espartero* lanzóse al peligro impulsado por un exceso de vergüenza y el afán de recobrar los bien ganados prestigios, un tanto quebrantados á la sazón.

«Tenía muchísima vergüenza, y gracias á esa especial cualidad, pudo alternar con Rafael, Salvador, Luis y Guerra. Era valentísimo y por ello sus paisanos le colocaron á una altura en la que era difícil sostenerse; pero él se sostenía, porque su pundonor le empu-

(1) Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, pág. 355.

jabá á corresponder á sus fanáticos partidarios.

»En estas circunstancias llegó el año 1894, en que Rafael Guerra echaba lumbre y llegaba en constante progresión á donde no había llegado en muchos años ningún otro. Casualmente aquel año había sido algo flojo para Manuel, que había mostrado en algunas corridas ciertas incertidumbres á que no tenía acostumbrados á los aficionados» (1).

Con lo expuesto basta para demostrar que no se habían equivocado, por desgracia, los que al verle torear en repetidas ocasiones desde sus comienzos, vaticinaron que *Maoliyo*, por su temperamento, por su ciega confianza en las propias fuerzas, que le hacía desafiar el peligro cara á cara, por su amor propio en extremo susceptible y propicio á la exaltación, por sus no muy

(1) Almanaque de *El Tío Jindama*, año 1902, pág. 102.

sobrados recursos artísticos, *era de los toros*; ó como dice el señor Ramírez Bernal en su artículo tantas veces citado: «una letra á un vencimiento fatal.»

Más ó menos graves, el *Espartero* recibió en los diez ó doce años que se dedicó al toreo, treinta cornadas próximamente.

Al morir contaba veintiocho años, cuatro meses y nueve días de edad (1).

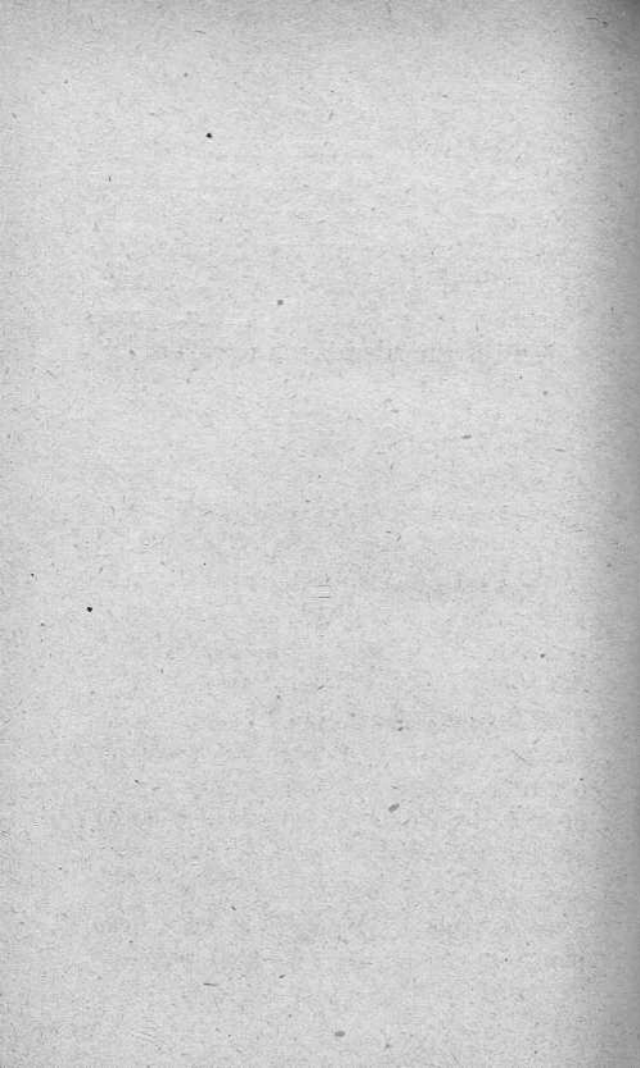
Su cadáver fué trasladado desde la enfermería de la plaza al domicilio del picador *Cantares*, quien habitaba en la casa número 10 de la calle de la Gorguera.

Transcurridas las veinticuatro horas preceptuadas por la ley, el Dr. Castillo procedió al embalsamamiento, y el día

(1) «El 25 de Enero de 1866, se celebró en la iglesia parroquial de San Marcos, de Sevilla, el bautizo de Manuel García y Cuesta, que había nacido el día 18 del mismo mes, de Josefa Cuesta y Joaquín García.» (Sánchez de Neira: *Gran Diccionario taurómico*, página 352.)

30 de Mayo, á las cinco de la tarde, se dirigió el cortejo fúnebre á la estación de Atocha, donde quedó el féretro depositado en el vagón que había de restituir muerto á la capital andaluza, aquel hijo predilecto en quien, puede decirse, que adoraban los sevillanos.





VI

Duelo popular.—Anécdotas.

Conclusión.

Tal fué la aglomeración del público en aquella casa, donde permaneció depositado el cadáver de Manuel García, desde que comenzó á circular por Madrid la noticia del desastre, que las autoridades se vieron precisadas á tomar precauciones para evitar cualquier conflicto que producir pudiera la multitud, ansiosa de ver y admirar, después de muerto, á su torero favorito.

Al amanecer del día 30, señalado para la traslación del cadáver desde la

calle de la Gorguera á la estación de Atocha, inmensa muchedumbre se agolpaba en el trayecto que había de recorrer la comitiva, para dar el último *adiós* al desgraciado *Espartero*.

Cubrieron el carro fúnebre algunas coronas dedicadas á Manuel por Compañy, *Cantares*, Morales, *El Toreo*, la cuadrilla del difunto, *Lagartijillo*, el empresario de caballos, Hernández, Urcola, Valentín, Mazzantini, empresa de la plaza de toros, *Guerrita*, *Lagartija*, Fuentes y su cuadrilla, *Pepete*, Reverte, *Badila*, *Cacheta* y Ligorri.

Condujeron las cintas del féretro los Sres. Urcola, por los amigos del diestro; Sánchez de Neira y Mínguez, en representación de la prensa; Muñoz, por la empresa de la plaza; Gil, como antiguo matador de toros; Valentín, Reverte y Fuentes, representando á sus compañeros de profesión; Adalid y Hernández, como ganaderos, y los diestros Julián Sánchez y *Cantares*, por la cuadrilla de Manuel.

Acompañaron al cadáver en su fúnebre viaje hasta Sevilla el padre y el hermano del *Espartero*, algunos amigos y varios compañeros de profesión.

No hemos de encarecer el sentimiento general con que los sevillanos admiradores de Manuel, recibieron exánime aquel cuerpo que pocas horas antes habían visto salir en dirección á la corte lleno de juventud, de vida, de ilusiones y esperanzas...

Por creerlas curiosas y de algún interés para nuestros lectores, ofrecemos á continuación varias anécdotas, referentes al malogrado diestro sevillano:

Enamorado y fielmente correspondido de doña Celsa Fontfrede, viuda del famoso ganadero Concha y Sierra, el *Espartero* tenía proyectado su casamiento para el invierno inmediato posterior á la temporada taurina de 1894.

Aunque nada en concreto se ha dicho sobre el particular, es probable que

para entonces pensara también Manolo abandonar el toreo.

El *Espartero*, que no se parecía en nada á sus compañeros de profesión, era poco amigo de bromas y *juerguesitas*, prefiriendo la tranquilidad apacible del hogar, y entregaba á sus padres casi todo el producto de sus contratas, que ascendía próximamente á treinta mil duros líquidos anuales, y á veces hubo de renunciar varias escrituras *por no tener fecha disponible* para poder aceptarlas.

Del *Espartero* quedaron algunas frases reveladoras de un enérgico temperamento.

En cierta ocasión hallábase *Maoliyo* en un círculo de aficionados, y al comentar el valor de unos toreros y la prudencia de otros, dijo el *Espartero*:

—Yo no puedo ver á esos que ganando mucho dinero tienen miedo delante de los toros. Un albañil está siempre tan expuesto á morir como yo, y no

cobra más que dos pesetas, mientras á mí me pagan algunos miles por corrida.

Otras veces, cuando los amigos le aconsejaban que se defendiese más de los toros, no pisándoles su terreno como hacía generalmente, Manolo contestaba:

—Los toros pegan, pero no matan; cuanto más se acerque uno, mejor.

El funesto día 27 de Mayo de 1894, el *Espartero* había llegado á Madrid en el tren de la mañana, y dijo á los aficionados amigos suyos que salieron á esperarle:

—Vengo dispuesto á quedar bien con el público de Madrid, para que vea que siempre soy el mismo.

¡Pobre Manolo!... ¡Qué pundonoroso era!

Entre las varias anécdotas que la fantasía popular acogió como verídicas, referentes á la cogida y muerte del *Espartero*, aseguróse por aquellos días, que al dirigirse á la plaza el espada con

su cuadrilla, la jardinera que los conducía cruzó en el camino con un entierro, y que al verlo, Manuel, supersticioso quizás como casi todos sus compañeros, exclamó contristado:

—¡Mala sombra!...

¿Fué presentimiento de lo que pocas horas después iba á ocurrirle?... ¡Quién sabe!

Hay circunstancias en las cuales el corazón nos anuncia próximos inesperados acontecimientos...

Aquella exclamación tal vez tuviera su origen en una *corazonada* del *Espartero*...

De cómo se tratan en el extranjero las cosas de España, da idea lo que copiamos á continuación y firma un tal Jorret, refiriendo á los lectores del *Heraldo de Nueva York* el desgraciado fin de Manuel García:

«El primer buey hirió mortalmente al célebre lidiador don Emmanuel Espartero, sobrino de un general del mismo apellido.

»Muchas señoras que iban á desmayarse, se contuvieron tomando el vino llamado *manzanilla*, que es el indicado para estos casos.

»Los entusiastas del Espartero acuden á su casa para recoger reliquias del matador, porque con ellas se obtiene la felicidad, siendo sagrado el cuerpo herido por cuerno de buey bravo.

»La cabeza del buey que hirió al Espartero será conservada en el Museo histórico.

»El cadáver del diestro no recibirá sepultura, siendo en cambio paseado por toda España».....

El autor de tales infundios era un obispo evangélico, infractor del octavo mandamiento, que condena la mentira.

¡Así se escribe la historia!

* * *

Doce años han transcurrido desde la muerte del infeliz *Maoliyo*, y aún vive su recuerdo entre los aficionados que lograron ocasión de verle torear.

A medida que avanza el tiempo, la

figura del matador sevillano se agiganta, y la historia, al juzgarle con la severa imparcialidad de sus fallos, aquilatando méritos y deficiencias, ha inscrito el nombre de Manuel García, el *Espartero*, junto á los de aquellos grandes lidiadores que fueron honra y prez de la tauromaquia española en el siglo XIX.

Damos aquí por terminada nuestra labor.

Quizás no hayamos conseguido el fin que al comenzarla nos propusiéramos.

Conste, sin embargo, que hemos emitido sinceramente nuestras opiniones, documentadas con cuantos antecedentes históricos de innegable autenticidad hubimos á mano.

Si este primer ensayo de biblioteca taurina merece el favor de los aficionados que nos lean, dispuestos estamos á continuar el camino emprendido, ofreciéndoles en una serie de folletos las monografías críticas de los toreros más notables antiguos y modernos.

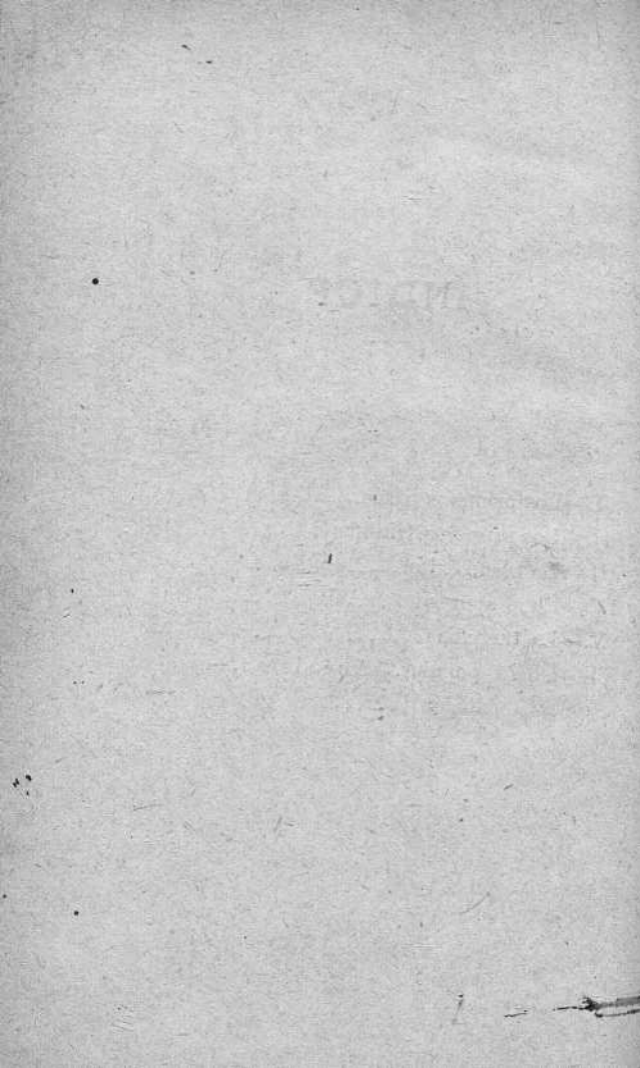
Si nos hemos equivocado, si hemos ido más allá del límite impuesto á nuestra mezquina inteligencia, prometemos no reincidir.

Ahora el público, nuestro señor, juez soberano, tiene la palabra.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—Los primeros pasos.....	5
II.—Los primeros triunfos.....	15
III.—En pleno éxito.....	27
IV.—En el apogeo.	45
V.—La tragedia	63
VI.—Duelo popular.—Anécdotas.— Conclusión.....	77



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	292	Precio de la obra	Pesetas
Estante .	1	Precio de adquisición . .	
Tabla . . .	7	Valoración actual	
	Número de tomos.		

2

200



200

REPAIR

200

200

200

200

200